

María Eugenia Acero Colomine

Escuela de Idiomas Modernos

Ganadora

Caracas, 14 de febrero de 2011

5:00 p.m.

Dear:

No tengo nada. Mi vida es un desastre. Soy un desorden. No tengo plata, no tengo metas. No sé qué carajo voy a hacer con mi vida. Le temo al tiempo, al futuro, al final. Le temo a todo y no tengo nada. Solo recuerdos, rencores y angustias. No tengo nada. ¿Y encima vienes a decirme a mí que soy yo con quien quieres quedarte y fluir? ¿Qué carajo te pasó a ti por tu mente? No tengo nada que ofrecerte. Solo mi entrega y eso me aterra. Porque si te amo, prometo. Y si te prometo, defraudo. Y si fallo entonces dejarás de creer en mí. Y te haré sentir miserable y no quiero. Insisto, no tengo nada que ofrecer. Solo mi amor y mi desorden. Yo soy feliz en mi desastre, pero me da pena contigo. A lo mejor tú esperas que uno tenga una casa, familia, estatus, y de eso... qué va. "No te los tengo". Bueno, sí tengo familia, pero todos estamos locos y somos disfuncionales. Tengo casa, pero tengo miedo de volver ahí. ¿Te dije que le tengo miedo a todo? Ahora, el dinero: me lo gasto en rumbas, en ropa, en olvido. Así funciona... DIS-funciona, ¿me entiendes?

Pero entonces me llegas tú a decirme que querer es poder. Que así podemos. Que igual me vas a querer con todo y mis domingos sin santo. Y ahí sí es verdad que me asusto más porque, ¿y si te creo? El tiempo pasa y me confundo. Me ideo una de Disney y me pierdo. Y vuelvo a romper con los contratos que siempre quemo antes de firmar.

A lo mejor tienes razón, y no me atrevo a tomar una decisión esta vez. En otras ocasiones decidí que no y siempre me quedó la incertidumbre de si era lo correcto..."Qué hubiera pasado si..." Nunca sabemos, ¿verdad? Pero ahora eres tú quien está aquí hoy tocándome a la puerta, ofreciéndome futuro, destino cierto. Tú quieres. Y yo que no puedo ni enfrentarme a mi sombra poco a poco me dejo llevar por tus palabras.

Te apoderas. Te haces tangible ante el sueño. Te haces sentir. Y yo con miedo y todo esta vez digo que... ¡esta bien, vale! Ya estamos muy viejos para seguir dudando y huyéndole a la vida. Vamos a ver qué pasa, pero después no quiero quejas, ¿me entiendes? Que conste que te lo advertí.

Pasa el tiempo, nada tengo: solo yo y te tengo a ti. Lo tengo todo, no importa. No tengo miedo, ya no hay final ni rencores ni angustias. Fluiré. Espero que a tu llegada, cuando el momento decida, me mires a los ojos y finalmente me hagas sentir...mamá.



María Eugenia Acero escucha emocionada el veredicto que la hace ganadora del IX Concurso de Cartas de Amor y de Amistad

**IX
CONCURSO
DE
CARTAS
DE
AMOR
Y
AMISTAD**

Jurado:

Rafael Del Naranco

Luisa Teresa Arenas Salas

Miguel Ángel Nieves

Alberto Barazarte*Escuela de Letras***Mención especial**

Rimini, 18 de febrero del 2011

Para ti, que siempre esperaste una respuesta.

En un rincón de la clase, de cuyo nombre no quiero acordarme, estaba un joven silencioso. Él no era el más popular entre los estudiantes, tampoco el más divertido. En una esquina del salón él te miraba fijamente; ese joven era yo, pero hoy no hablaré de mí. Solo hablaré de nosotros. Muchas veces me buscaste, muchas veces me oculté, muchas veces anhelé con tus labios encontrarme, pero mi silencio me había condenado, soy de esos extraños seres perdidos en la soledad; pertenezco a esa categoría en extinción. Entonces apareció esta hoja vacía; ella con su blanca piel me habló y comprendí su deseo. En ocasiones he tenido la extraña sensación de que el blanco de una hoja es igual a mi silencio conversador. Tú, en cambio, nunca perdiste la oportunidad para contarme los detalles de tu vida. Tú siempre estuviste allí, me abrazabas repentinamente y rompías mi soledad. Nuestros vínculos se hicieron fuertes, en mí hallaste un amigo; los oídos que necesitabas para desahogar la épica historia de tu amor, historia que inesperadamente se tornó tragedia. Tú hablabas y yo escuchaba, y mis latidos traducían el mensaje que yo jamás fui capaz de expresar. Mis ojos oscurecidos por el deseo parecían revelar mis claras intenciones de robar tus besos, pero sabía que estabas enamorada de otro. El pasado y sus fantasmas. Nunca te dije adiós. Perdóname, jamás quise herirte. Fuiste, eres y probablemente siempre serás mi Helena, mi Cleopatra, mi Julieta.

Aquella tarde te esperé en el aeropuerto. Un océano de interrogantes se bañó en mi cuerpo. Casi desesperado llamé a tu casa, pero no hubo respuesta. Jamás respirar fue tan doloroso. Tardé unos segundos en inventar las mentiras que necesitaba para tranquilizar mi lógica; tú no me habrías dejado partir de esa manera. Se escuchó el último llamado para

Alberto Barazarte,
segundo a la izq.,
ganador de una
mención especial
en el IX Concurso
de Cartas de Amor
y de Amistad



abordar el vuelo; en ese instante mi madre me entregó una carta. Pensé que aparecerías como de costumbre. Esta vez no fue así. Mi garganta se había trenzado en un fuerte nudo, el tiempo pasaba lentamente, un dolor se hundía en mi pecho. El despegue del avión fue el mayor descenso de mi vida; abrí la carta y vi tu nombre. Mi corazón saltó de emoción, tenía razón; tú no me habías olvidado. Comencé a leer con detenimiento cada palabra. Las sombras de las posibilidades, mi silencio inepto que solo engendró sufrimiento, la herida de tu espera solemne, nunca hubo historia. Creaste una ficción para tener una excusa y estar a mi lado, y yo escuchaba y me dolía pensar que tu corazón latía por otro, pero ese otro era tan parecido a mí. Ese otro te hacía sufrir. Buscaste consuelo en mi silencio. Pude acobijarte con mis brazos, secar tus lágrimas con mis manos... Ese otro es tan parecido a mí, pensaba yo. Todo lo expliqué con los hechos casuales, el azar, lo fortuito. Hiciste de imposibles verosímiles, opciones verdaderas. Sin embargo, mi fría lógica jamás me permitió calcular el resultado de esa trama que poco a poco enredaba mi corazón. Perdóname, porque mi ceguera fue tan grande que no me permitió aceptar lo evidente. ¡Cuán estúpido fui, cuán estúpido soy! Aunque siempre estuviste conmigo yo me alejé de ti; tomé el primer vuelo a Italia porque no tuve valor para contrariar la voluntad de mis padres. Tú sabías que te necesitaba. En una ocasión me dijiste que debía expresar mis sentimientos, pensé que no era necesario porque a nadie le interesaba; mi respuesta filosa te hizo callar. ¿Sabes? No pocas veces sentí celos de aquel joven al que amabas, nunca imaginé que de mí estuvieras enamorada. Se diluyeron los besos que nunca nos dimos, los labios sedientos en una infinita espera. Tú, mi Helena, mi Julieta, mi Cleopatra. Pronto regresaré a mi tierra, tan solo espera un poco más. *Te voglio bene assai, ma tanto, ma tanto bene sai...* No imaginas cómo duele el eco de tu ausencia.

Jurado y organizadores en el acto de lectura del veredicto del IX Concurso de Cartas de Amor y de Amistad



Rafael Del Naranco anunciando el veredicto del IX Concurso de Cartas de Amor y de Amistad



Marisol De Macedo*Escuela de Medicina José María Vargas***Mención especial**

Maracay, 9 febrero de 2011

Mariana:

Ignoro tu paradero exacto actualmente, tus señas o tu dirección; hace algunos años que te fuiste y saber de ti ha sido un episodio espasmódico que solo ocurre a intervalos, cuando la necesidad creciente de cada una no resiste más y entonces establecemos un brevísimo contacto que ciertamente nos alimenta hasta el siguiente espasmo.

¡Te fuiste!, ¿nuestra mejor decisión? Fue la menos culpable y seguramente la que nos ha dado mayor infelicidad a ambas... Todavía me pregunto ¿si tanta tristeza de ambas, tanta infelicidad nuestra sirvió para que otros construyeran su tranquilidad, su paz...? ¡No lo sé, tal vez nunca lo sabremos!, sin embargo, no lo creo ahora y no lo creí antes.

Y te escribo porque hoy más que extrañarte, necesito tanto tu amoroso abrazo, la calidez y la energía de tu espíritu vibrante de lucha, en fin, tu amor y tu soporte... Apenas regreso del médico, hoy me han dicho que tengo cáncer, mis huesos y mi cuerpo finalmente han cedido, rindiéndose frente a la tristeza recurrente y permanente de una historia inconclusa, apasionada como todo lo que nos tocó vivir juntas.

Como enamorarnos y pretender que la gente no tocaba o tocaría nuestras vidas con sus prejuicios y sus reglas; como descubrimos a un amor que en principio resonaba extraño y a través del cual encontramos expresión, cobijo, un puerto seguro, un destino que apostamos sería cierto...

Como convertirnos en amantes furtivas, mientras intentábamos vivir con Alejandro José y Andrés; como convertimos en pareja, iniciar la vida que creíamos posible, manteniendo la sorpresa de descubrimos en cuerpo y alma en largas jornadas de amor, diálogo, compañía y silencio; aprendiéndonos de memoria cada espacio, cada profundidad, cada sensible respuesta, cada vacío y cada humedad... ¡Un mapa que ahora es solo recuerdo y en algunas tardes frustrante desesperanza!

¡Nunca fui tan feliz y no recuerdo habértelo dicho!, aunque en honor a la verdad, tú me lo dijiste y demostraste de mil maneras... Siempre fuiste más valiente y decidida que yo, para iniciar, para terminar y marcharte. Nunca hacer el amor, tuvo tanta pasión, luz, energía, calor y sentido



Marisol De Macedo, segunda a la izq., en el acto de lectura del veredicto del IX Concurso de Cartas de Amor y de Amistad